

EL PUEBLO DE LOS SUCIOS



10
CTVS.

COLECCION MARUJITA N°9

El pueblo

de los sucios

118 X 162

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA



El PUEBLO DE LOS SUCIOS

Hubo una vez un muchacho, llamado Enrique, a quien le molestaba infinito lavarse la cara o las manos. Tampoco le gustaba peinarse, y en cuanto a limpiarse los dientes, si podía evitarlo no lo hacía. Jamás llevaba el pañuelo limpio y sus zapatos siempre estaban sucios.

—¡Dios mío, Enrique!—decía su mamá.—¿Qué voy a hacer contigo? No parece sino que te hayas subido por el tubo de la chimenea para bajar luego por el mismo camino. ¡Eres un sucio, un cochino! ¡Ven a lavarte en seguida!

Cierto día, en ocasión del cumpleaños de Enrique, sus tíos Pedro y María fueron a su casa con objeto de felicitarle. Antes, su madre le dió un buen fregoteo, lo peinó, le entregó un pañuelo limpio y le vigiló mientras se limpiaba los dientes; además le hizo poner los zapatos limpios y una bata nueva.

—Ahora ve a sentarte al jardín hasta que te llame —le ordenó,

Enrique salió al jardín y, al principio, se sentó con el mayor cuidado y se portó bien; pero no tardó en ver que un grueso gusano se asomaba por un agujero. En el acto, el niño se puso a gatas y el gusano, asustado, se apresuró a retroceder. Luego, Enrique vió algo que se movía en el regato que atravesaba su jardín y echó a correr hacia allá, limpiándose las sucias manos en la bata.

En la corriente había un pez muy grande y Enrique trató de apoderarse de él. Con este objeto tuvo que meter sus aparatos en el barro, se ensució las manos y aun la cara, porque como hacía mucho calor, se la frotó varias veces para limpiarse el sudor. Su sombrero se cayó al agua. Entonces oyó que su madre lo llamaba.

—¡Enrique! ¡Enrique! Ya han llegado los tíos. Ven a saludarles.

Ya sabía Enrique que sus tíos le harían un regalo, de modo que, a todo prisa, se dirigió a la casa y penetró en ella. Pero en cuanto lo vió su madre, exclamó aterrada:

—¿Qué has hecho, Enrique? ¡Qué sucio eres! ¿No te encargué que no te ensuciaras?

—¿He de dar un beso a tía María?—preguntó Enrique, viendo un paquete muy grande bajo el brazo de esta última.

—¡De ninguna manera!—contestó la interesada retrocediendo.—Nunca beso a los niños sucios.

—¡Eres muy malo!—exclamó, enojada, su madre.—No voy a darte el regalo que te ha traído tía María. Vete inmediatamente en busca del aya, para que te limpie otra vez.

Enrique salió de la estancia. ¿De modo que no le entregarían el regalo, porque se había ensuciado? ¿Qué importancia tenía ir más o menos limpio? ¿Por qué eran tan maniáticas las personas mayores? ¡Con lo cómodo que resultaría ir sucio!

—Pues no quiero ir en busca del aya, ¡ea!—se dijo.
—Me escaparé. Y cuando no me encuentren, se arrepentirán.

Salió del jardín, atravesó la puerta del extremo opuesto y se vió en el camino que llevaba a los bosques. Echó a correr y no paró hasta verse lejos de su casa y extraviado por completo. Entonces se detuvo y miró a su alrededor.

—Me he extraviado—dijo casi llorando.—¡Oh, cuánto me gustaría no tener que volver a vivir con la gente limpia! ¡Ojalá me viese en un lugar cualquiera, en donde nadie se preocupase de la limpieza!

Mientras pronunciaba estas palabras, oyó un chapoteo y, en un arroyo que había a corta distancia, vió un bote que tenía la forma de un cisne. Lo tripulaba un hombrecillo muy sucio, de largo y descuidado cabello y que vestía un traje astroso y manchado.

—Sube—dijo al niño.—He oído tu deseo y como hoy es tu cumpleaños y te encuentras al pie de este roble centenario, lograrás lo que pides. Voy a llevarte al Pueblo de los Sucios.

Enrique se quedó mirando al hombrecillo y no tuvo ningún deseo de acompañarle, mas aquel personaje saltó a tierra y se apoderó de él.

—Ya no puedes volverte atrás—dijo.—Se ha cumplido tu deseo, tanto si te agrada como si no.

Hablando así metió a Enrique en el bote. Subió él, a su vez, y empezó a remar siguiendo la corriente. Enrique no pronunció una palabra y luego empezó a sentir cierta excitación. Aquello era una aventura y, pensándolo bien, díjose que sería muy agradable vivir en un sitio donde la gente no se preocupase de la limpieza.

Aquel extraño bote llegó, por fin, a un desembarca-



ENRIQUE SE SENTÓ A LA LARGA MESA

dero, y el hombrecillo ayudó a Enrique a descender a tierra. A corta distancia había un pueblo de aspecto rarísimo; las casas estaban sucias y descuidadas, las ventanas y las cortinas aparecían negras y manchadas y los jardines estaban llenos de hierbajos.

Un grupo numeroso de gente de corta estatura rodeó a Enrique. Este pensó que tenían aspecto horrible, pues llevaban las caras sucias a más no poder, las manos negras y el cabello como si no hubiera sido peinado jamás. Su ropa estaba sucia y rota, y era evidente que los zapatos no habían llegado siquiera a conocer el betún.

—¡Bienvenido! ¡Bienvenido! —exclamaron. Y apoderándose de Enrique, lo obligaron a seguirles.—Vivirás con nosotros, muchacho, y nadie te obligará a lavarte ni a peinarte. Harás lo que quieras.

—Eso es estupendo—contestó Enrique, pensando en lo agradable que sería no lavarse más la cara ni las manos, ni sentir la preocupación de si se ensuciaría o no la bata.

Aquellos sucios individuos le llevaron consigo para enseñarle el pueblo. A Enrique no le gustó. Pero se guardó

muy bien de decírselo. El interior de la casa era muy oscuro a causa de la suciedad de los vidrios de las ventanas y de las cortinas.

—Aquí no tenemos día de la colada—dijo el hombrecillo que lo había llevado.—Nadie piensa en limpiarse el calzado, de modo que no nos gastamos el dinero en betún. ¿No están igualmente sucios tus zapatos, Enrique?

Este los miró. Sin duda estaban sucios. No era de extrañar que mamá se hubiese enojado. En fin, esto ya no importaba, porque allí nadie le regañaría por ello. Podía hacer todo lo que le diera la gana.

—¡Es la hora de comer!—gritó una mujercita del pueblo, tañendo, al mismo tiempo, una campana.

Todos echaron a correr a una casa muy grande, que había en el centro del pueblo. Dentro, Enrique vió una mesa muy grande en medio del comedor y acto seguido fué a ocupar un asiento.

En su casa estaba acostumbrado a ver siempre la mesa cubierta de un blanco y limpio mantel, y, además, tenía sus platos muy limpios y adornados con lindos muñecos; en su taza estaba grabado su nombre y sus iniciales figuraban en el tenedor y en el cuchillo. Y siempre estaba todo pulcro y brillante.

Pero allí era todo muy distinto. El mantel estaba tan sucio, que Enrique se preguntó si sería negro. Los platos estaban cubiertos de mugre, y eso no le gustó. Tampoco habían lavado su vaso.

Una diminuta mujer, llamada Pitusa, le sirvió la sopa. Enrique empezó a comer, pero vió que no era muy buena. Luego le dieron un plato de carne con patatas y col, pero se lo sirvieron en el mismo plato de la sopa.

—¿No hay platos limpios para el principio?—pregun-



LO ARRASTRÓ A UN ESTANQUE FANGOSO

tó sorprendido.—No me gusta usar el mismo para toda la comida.

—No seas tonto—exclamó el hombre que tenía a su lado.—También comemos el postre en el mismo plato. Y un niño sucio, como tú, habría de alegrarse de estar aquí. Me parece que, antes de sentarte a la mesa, nadie te ha obligado a lavarte las manos ni a peinarte.

Luego le dieron arroz con leche, pero como la cacerola en que lo hicieron debía de estar asimismo muy sucia, aquel postre tenía un color pardusco, que lo hacía muy repugnante. Enrique no quiso probarlo, aunque no explicó la razón.

—Ya hemos acabado de comer—dijo el hombrecillo que estaba a su lado.—Oye: ¿no podrías prestarme un alfiler de gancho? Se me ha roto el cuello por detrás.

—Lo siento, pero no tengo ninguno—contestó Enrique.—¿Por qué no lo haces coser?

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! —exclamó, riéndose, el hombrecillo.—¿No te acuerdas ya de que estamos en el Pueblo de los Sucios? Aquí nadie remienda la ropa. Ven, voy a desgarrarte la bata, para que no te distingas tanto de nosotros.

Efectivamente, agarró la bata de Enrique y le hizo un agujero en la espalda. Enrique se revolvió airado. Aquella era la única bata que le hiciera su madre y le parecía muy bonita.

—¡Nadie le ha dado permiso para hacer eso!—exclamó, dando un empujón al hombrecillo.

—¡Me ha pegado! ¡Me ha pegado!—exclamó éste volviéndose a los demás.—¡Castigadle! Va demasiado limpio para estar con nosotros. No quería que le rompiese su bata.

Aquella gentecilla rodeó a Enrique y lo llevó casi a ras-tras a un estanque fangoso, que había en el centro del pueblo. En breve, el pobre Enrique se vió cubierto de lodo, de la cabeza a los pies, aparte de que su bata quedó rota por muchos sitios y convertida en un andrajo. El cabello estaba lleno de barro, que, por otra parte, también le llenaba la cara. ¡Tenía un aspecto realmente espantoso!

—Ahora te darás por satisfecho—le dijo Pitusa.—Estás más sucio que nosotros.

Salió a la calle, tratando de quitarse el barro de los ojos. Estaba asustado y encolerizado a un tiempo. No le agradaba aquella gentecilla puerca y violenta. Una cosa era ser algo sucio y otra muy distinta vivir en compañía de unos cochinos como aquéllos.

De pronto vióse al lado de una niña que estaba senta-



LA NIÑA ABRIÓ LA BOCA

da en el quicio de una puerta, llorando y con una mano en la mejilla.

—¿Qué te pasa?—le preguntó Enrique.

—Que tengo un dolor de muelas espantoso—contestó la niña llorando.—¡Oh, cuánto sufro!

—¿Por qué no vas a que te vea un médico?—le preguntó Enrique.

—¿Me lo calmaría?—inquirió a su vez la niña.

—Creo que sí—dijo Enrique.—Cuando en mi casa me duele algo, el médico me alivia siempre.

Mientras hablaban los dos niños, se habían congregado algunas personas a su alrededor y uno de los del grupo dijo:

—En el extremo opuesto del bosque vive el doctor Listo. Es el que visita al mismo Rey del País de las Hadas, de manera que debe de ser bueno. Vamos a mandarle un aviso para que venga. El conejo pardo puede encargarse de eso.

Fueron en busca de este roedor y le ordenaron que saliera para avisar al doctor Listo. El conejo partió a toda prisa.

Pronto estuvo de vuelta en compañía del doctor. Este era un hombre enorme. Usaba un sombrero de copa, gafas, y además llevaba consigo un maletín. Pero en cuanto se vió en el centro del Pueblo de los Sucios, frunció el entrecejo.

—¡Qué lugar tan sucio!—exclamó.—Nunca había estado aquí, pero no hay cuidado de que vuelva. ¿Dónde está el enfermo?

—Aquí—dijeron a la vez algunos de aquellos pequeños personajes, empujando a la niña que tenía dolor de muelas.—La boca le hace sufrir mucho, doctor.

—Vamos a ver qué es eso—dijo el doctor Listo, en

tanto que la niña abría la boca.—¡Dios mío!—exclamó sorprendido el facultativo.—¡Vaya dientes sucios los tuyos, niña! No me sorprende que tengas dolor de muelas. Parece como si nunca te hubieses limpiado la boca.

—No se la ha limpiado nunca—contestaron varios.—Aquí no hacemos eso. ¿Para qué?

El doctor dirigió una mirada rápida a su alrededor y luego, gravemente, meneó la cabeza.

—Bueno—dijo.—Todos vosotros tendréis un día u otro dolor de muelas. De eso no hay duda. ¡Qué dientes tan feos tenéis todos, a excepción de este niño! Veo que posee una dentadura magnífica.

Cogió a Enrique por el hombro y lo examinó.

—Si no estuvieses tan sucio, serías un niño guapo y sano—dijo.—¿Te limpias cada día los dientes?

—Sí, señor —contestó Enrique. — Mamá me obliga a ello.

—En tal caso tienes una buena madre—replicó el doctor.—No tienes siquiera un diente o muela malos en toda la boca. ¿Has sufrido alguna vez dolor de muelas?

—No, señor, nunca—contestó Enrique.

—¡Naturalmente!—dijo el doctor.—En cambio, me gustaría saber si entre todos esos hay alguno que nunca haya padecido por esta causa.

Nadie le contestó, aunque todos se ruborizaron. Aquella gentecilla empezaba a avergonzarse. El doctor parecía inteligente y perspicaz, y hablaba en un tono acusador que no les gustaba.

—Quiero visitar el pueblo—dijo el doctor de pronto. Lo acompañaron en aquella visita, y no hay que decir cuánto llegó a fruncir el ceño.

—¡Es asqueroso! —exclamó.—¡Horrible! ¡Repugnante! ¡Deberíais avergonzaros! ¿No os laváis nunca?

—¡Nunca! —exclamaron todos a coro y muy orgullosos.

—Bueno, pues os lavaréis a partir de hoy—replicó el doctor con acento tan severo, que todos se echaron a temblar.—Si no empezáis a corregir inmediatamente vuestras costumbres, lo pondré en conocimiento del Rey del País de las Hadas, para que haga incendiar el pueblo, destruyéndolo hasta sus cimientos, y os mande luego a servir, como esclavos, al pueblo más limpio que haya en su reino. Volveré dentro de una semana. Si entonces no os habéis convertido en personas limpias y decentes, ya sabéis lo que os espera.

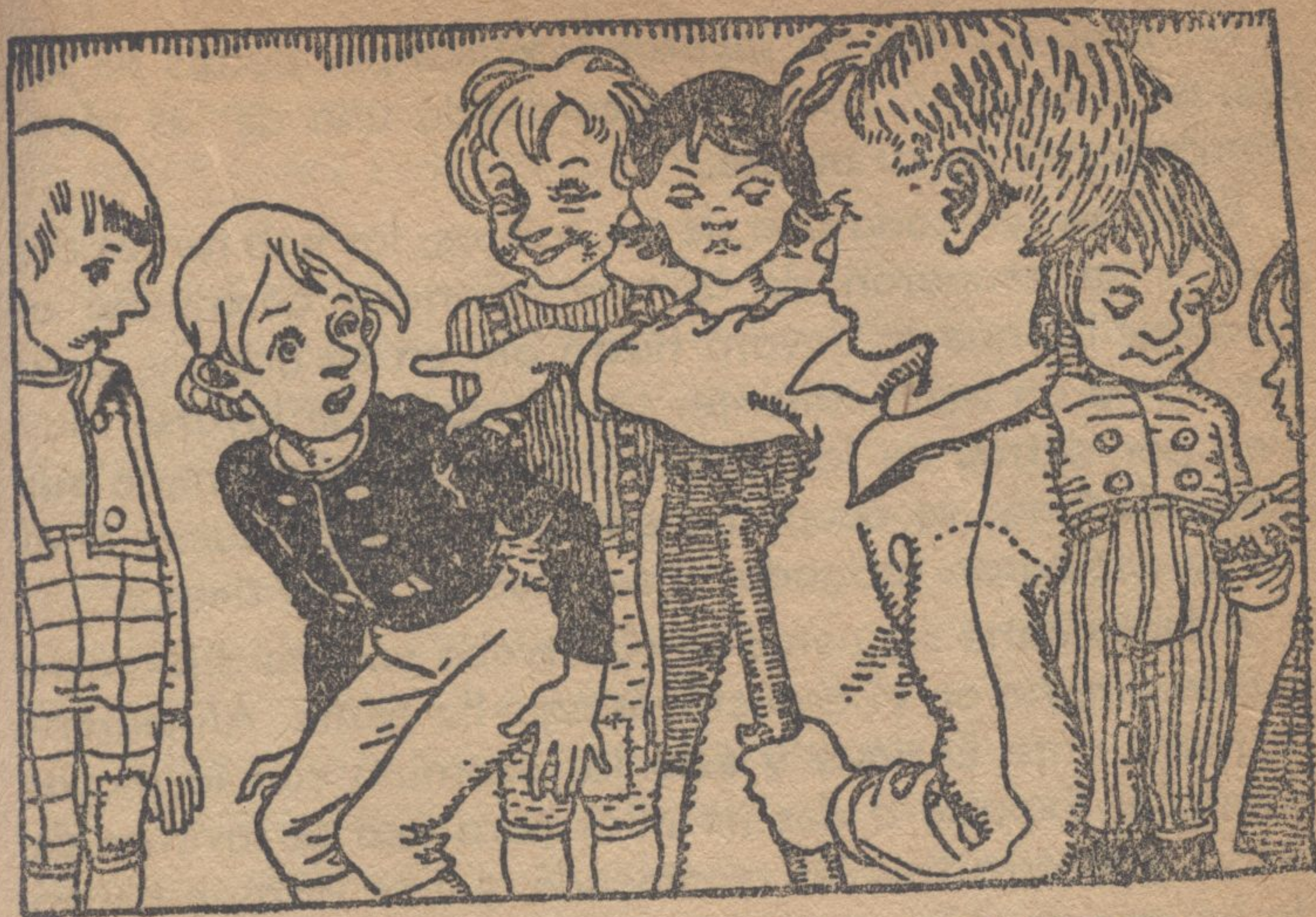
Dicho eso salió del pueblo, dejando temblorosos de miedo a todos sus habitantes. Estos se reunieron inmediatamente, formando corro, y empezaron a deliberar acerca de lo que harían.

—Antes de que empecéis a discutir—dijo Enrique—, os ruego que me permitáis regresar a mi casa. No quiero seguir viviendo en un lugar tan repugnante como éste. Prefiero que me laven seis veces al día y me obliguen a limpiarme los dientes veinte veces cada mañana, antes de seguir un momento más en este apestoso y hediondo lugar.

—¿Sí?—exclamó Pitusa, encolerizada.—Pues te quedarás aquí. Mejor que cualquiera de nosotros sabes cómo se hace para lavarse y limpiarse, puesto que vivías en una casa limpia. Debes quedarte aquí y enseñarnos a hacer lo que nos ha mandado el doctor.

—¡Es verdad! ¡Eso, eso!—gritaron todos.—Si el doctor queda complacido de nosotros, cuando venga la semana próxima, podrá marcharse a su casa; pero en caso contrario, habrá de quedarse aquí durante toda su vida.

¡Pobre Enrique! Inútiles fueron todos sus ruegos. Aque-



ENRIQUE LOS EXAMINÓ ATENTAMENTE

lla gentecilla estaba decidida y no tuvo más remedio que quedarse. Por consiguiente puso a mal tiempo buena cara y miró a su alrededor reflexionando acerca de lo que convenía hacer.

—¡Dios mío!—exclamó al fijar la mirada en las manos y las caras sucias a más no poder, así como en los cabellos despeinados y los trajes astrosos y puercos de cuantos le rodeaban.—No sé por dónde empezar. ¡Estáis todos tan sucios! Pero ya lo sé. Empezaréis bañándoos. Idos todos a vuestras casas respectivas, lavad las bañaderas y luego lavaos de la cabeza a los pies. No os olvidéis del cabello. Luego poneos una bata y cuidad de lavar la ropa que os hayáis quitado. Eso os tendrá ocupados hasta la noche. Mañana por la mañana os pasaré revista para ver si estáis limpios.

Toda aquella gentecilla se dispersó.

—¡Y no olvidéis de lavaros también por detrás de las orejas!—les gritó Enrique, recordando una de las recomendaciones de su madre.

En breve, en cada una de las casitas, los habitantes del pueblo se ocuparon de la ropa. Enrique acompañó al hombrecillo que lo llevara hasta allí en su bote, y, a su vez, tomó un baño caliente, sin olvidarse de lavarse muy bien por detrás de las orejas. Luego, tanto él como sus conciudadanos se ocuparon en lavar la ropa sucia, y al fin se acostaron fatigados y satisfechos a un tiempo.

A la mañana siguiente se observaba ya una diferencia extraordinaria en el aspecto de aquella gente. Alineáronse todos ante Enrique y éste los examinó con la mayor atención. Expulsó a dos de ellos para que se lavaran de nuevo y a otros tres les recomendó que se lavasen detrás de las orejas. Algunos habían tenido la habilidad de ensuciarse ya la cara y las manos, y Enrique se manifestó muy disgustado con ellos.

—No basta lavarse sólo por las noches—dijo.—También es preciso hacerlo minuciosamente por la mañana. Y cuantas veces veáis que os habéis ensuciado las manos, es preciso lavároslas otra vez. Y siempre antes de comer.

Aquella gentecilla se horrorizó al oír tales palabras. Enrique, en cambio, se divertía de lo lindo, pues le parecía muy agradable recomendar a los demás lo que tantos enojos le costara a él mismo.

—Ahora voy a pasar revista a vuestros cabellos—dijo—porque lo lleváis de tal manera que asusta. ¿No hay aquí barbero?

—No, pero a corta distancia vive uno—contestó Pitusa.

Enrique le ordenó que le llamase y, en cuanto acudió el barbero, no hizo en toda la mañana otra cosa que cor-

tar el cabello a aquellas personillas, una tras otra.

—Debéis peinaros todas las mañanas y antes de ir a la mesa —les ordenó.—Ahora trataremos de la dentadura.

—No tenemos cepillos—dijo alguien.

—¿Es posible?—exclamó indignado Enrique.—Id inmediatamente a compraros uno cada uno y también algunos tubos de pasta dentífrica.

Pitusa quedó encargada de la compra de los cepillos para los dientes y de los tubos de dentífrico y en cuanto volvió con todo eso, Enrique reunió a los habitantes del pueblo y les enseñó a limpiarse debidamente los dientes.

Entonces reflexionó para ver qué mandaría a sus oyentes. Decidió enseñarles a limpiarse el calzado, de manera que, en breve, todos estaban observando cómo lo hacía Enrique, para limpiar sus propios zapatos, hasta dejarlos brillantes como un espejo. Al terminar la operación el niño se mostró muy orgulloso, porque aquella era la primera vez que se ocupaba en limpiarlos. Y se propuso cuidar de que no se ensuciaran, porque realmente tenían, limpios, un aspecto magnífico.

Pronto toda aquella gentecilla tuvo el calzado limpio y brillante. Enrique pensó que había llegado la ocasión de hacerles remendar la ropa o bien obligarles a que se hiciesen otros trajes. Encargó de ello a Pitusa, porque sus propias habilidades en las labores de costura eran limitadísimas.

Pitusa buscó a otras tres mujeres y mandó a todos que les llevasen la ropa para arreglar. Pitusa había olvidado casi sus habilidades costureras, pero no tardó en entregarse, satisfecha, a aquella ocupación de coser botones y echar remiendos, sentada al sol, con sus compañeros.

—Mañana empezaremos la limpieza del pueblo—dijo Enrique.—Resultará muy divertido y agradable. Ya lo veréis.

—Nos encontramos mucho más cómodos y a gusto —le dijeron algunos—y no hay duda de que tenemos muchísimo mejor aspecto.

—Ahora todo el mundo a la cama—ordenó Enrique.—Creo que hoy nos hemos ganado el descanso. Mañana por la mañana os pasaré revista y espero no tener quejas de que alguien haya dejado de lavarse y adecentarse.

Al día siguiente, solamente tuvo necesidad de mandar a uno que volviese a lavarse, de manera que Enrique estaba satisfecho del aspecto de aquella gente.

—Ante todo sacad todos los muebles al sol—dijo.—Luego haced lo mismo con las alfombras para sacudirlas. Después limpiaréis las ventanas, lavaréis las cortinas, daréis una mano de barniz a los muebles, lavaréis las fundas de las almohadas y haréis cuantas otras cosas pueden ocurrírseos.

La limpieza ocupó bastante tiempo. Fueron necesarios cuatro días para darla por terminada, pero ¡qué distinto era ya el aspecto de aquellas casitas! Brillaban al sol y olían muy bien. Las cortinas estaban limpias, los pisos sin la menor suciedad y todos los metales resplandecían. Algunos de los habitantes del pueblo hallaron potes de pintura blanca y con ella pintaron las paredes de las casas, que adquirieron el aspecto de nuevas.

—Mañana es el último día que nos queda libre antes de la llegada del doctor—observó Enrique.—Será preciso limpiar las calles del pueblo, quitar las malas hierbas de los jardines y pasar revista final a nuestra ropa, para ver si toda ella está ya remendada. De esta manera no habremos de temer las consecuencias de su visita.



LOS TRABAJOS DE LIMPIEZA DURARON HORAS

No hay que decir cuánto trabajo tuvieron al siguiente día. Todas las callecitas quedaron limpias y los jardines libres de hierbas malas. Incluso los niños tuvieron que contribuir al trabajo de todos, recogiendo papeles sucios y otras cosas semejantes, para reunirlos en la plaza, en donde se quemó todo en una hoguera muy grande. Realmente el Pueblo de los Sucios ya daba gusto verle.

A la mañana siguiente se alineó ante Enrique toda la gente del pueblo, limpia y oliendo a jabón. Brillaba su cabello a la luz del sol y cuando sonreían sus dientes resplandecían. Nadie tenía un desgarrón o un agujero en la ropa. Precisamente cuando Enrique estaba a punto de dar por terminada la inspección, apareció un coche por el extremo de la calle, del que se apeó el doctor Listo; pero aquella vez iba acompañado ¿no adivinaréis por quién? Pues por el mismo Rey del País de las Hadas.

Los habitantes del pueblo se entusiasmaron al verlo y le hicieron una ovación. En cuanto al doctor, nadie po-

dría expresar su admiración al ver tan limpio el pueblo y a la gente tan aseada. Visitó todas las casas en compañía del Rey, y ambos quedaron satisfechísimos de lo que vieron.

—¿Quién es el autor de todo eso?—preguntó el doctor.

—¡Enrique! ¡Enrique!—gritaron todos, empujando al niño para que lo viesen los ilustres visitantes.

—¡Ah, ya te recuerdo!—dijo el doctor.—Mas no parece pertenecer a este pueblo ni ser igual que sus habitantes. ¿De dónde eres?

Enrique se lo refirió y luego, ruborizándose mucho, explicó al Rey y al doctor la razón de su presencia en el pueblo.

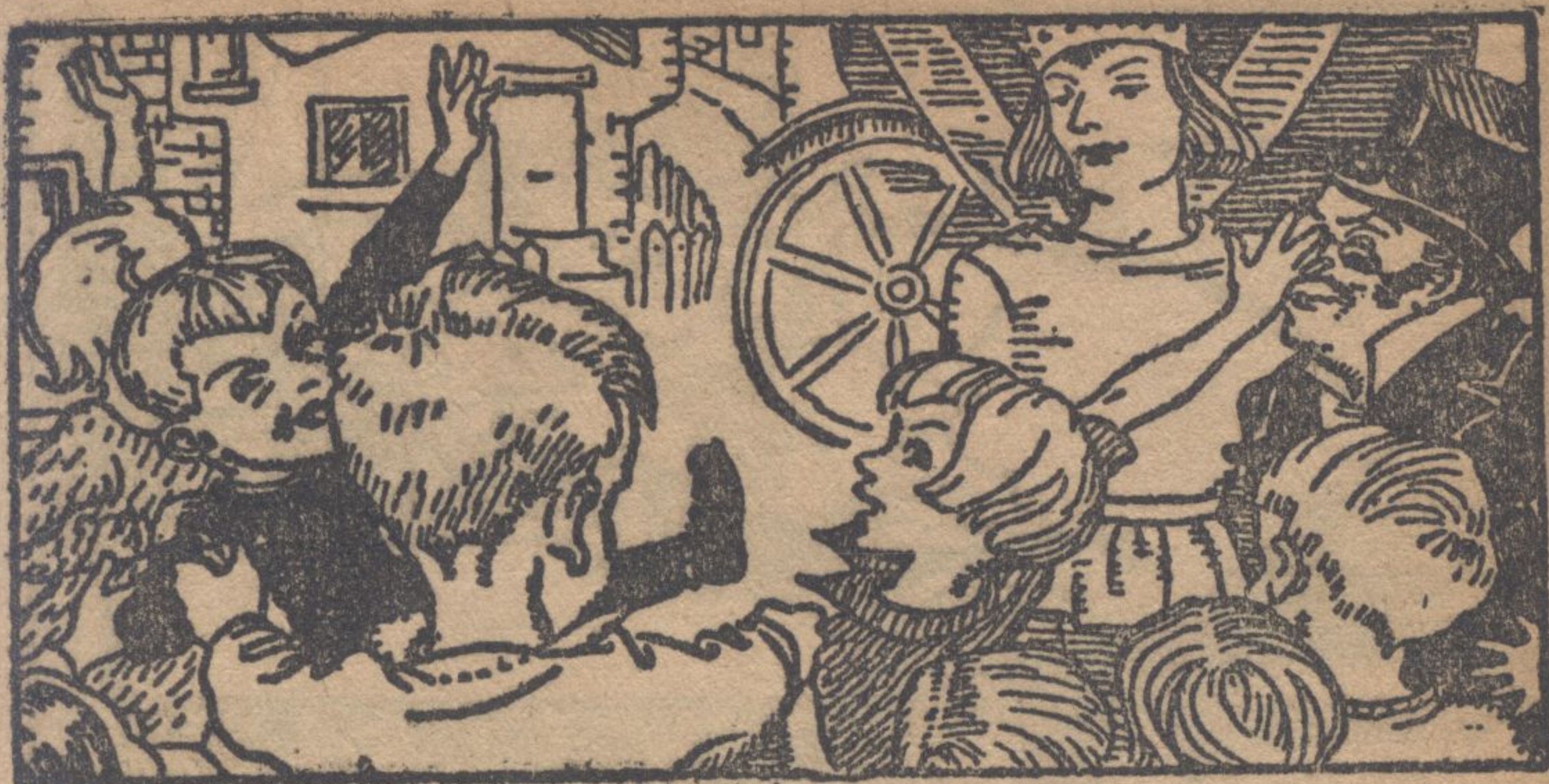
—Ahora quisiera regresar a casa—dijo.—Mi mamá estará muy alarmada con respecto a mí.

—¡Oh, no!—contestó el doctor sonriendo.—Si te devuelven ahora a tu casa, quizá tu madre no se dé cuenta siquiera de que has estado ausente. Una semana en este país es solamente una hora en tu mundo. Creo que nadie te habrá echado de menos. Sube al coche y te llevaremos a la puerta de tu jardín.

Enrique subió, en efecto, al coche, se despidió de la entusiasmada gentecilla y se alejó del Pueblo de los Sucios, en compañía del Rey y del doctor, sintiéndose personaje importante. Poco después llegó a la puerta de su jardín y al apearse, dió las gracias al soberano y al médico por sus bondades y se despidió de ellos.

—Adiós—le dijeron.

—Y no te olvides —añadió el Rey estrechándole la mano—de todas las cosas que has enseñado a esa gen-



LOS HABITANTES DEL PUEBLO APLAUDÍAN

tecilla. No quisiéramos verte de nuevo en su compañía.

Enrique prometió hacerlo así y el carruaje se alejó. Luego, el niño penetró corriendo en el jardín y allí vió a su madre y a sus tíos.

—Sin duda no ha pasado más que una hora—se dijo, sorprendido, al oír que el reloj daba las doce. En cambio, allí me pareció que había transcurrido una semana.

—¡Caramba, Enrique, veo que te has aseado mucho!

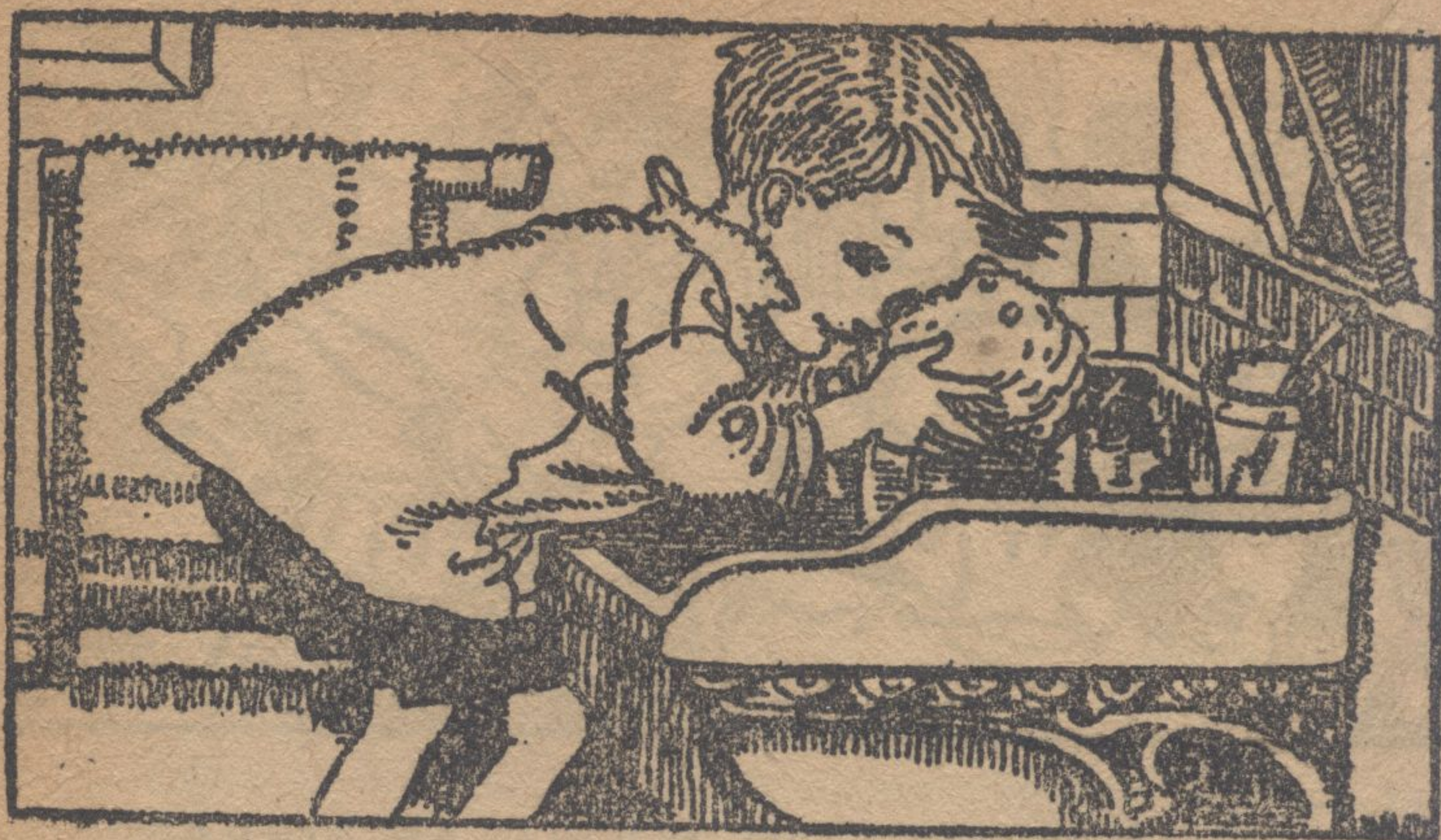
—dijo su madre complacida.—Eres un buen niño.

—Ahora dame un beso y te daré el regalo—le dijo su tía.

Y le entregó el paquete que contenía un magnífico castillo, provisto de puente levadizo y torre del homenaje. Enrique quedó entusiasmado.

—Comeremos temprano—dijo su mamá.

—En tal caso voy a lavarme y a peinarme—contestó Enrique.



ENRIQUE FUÉ A LAVARSE ANTES DE COMER

Y echó a correr. Su mamá quedó sorprendida en extremo. Figuróse que el niño se portaba muy bien por ser su cumpleaños. Pero en breve vió que se había equivocado, porque Enrique no parecía el mismo.

Nunca más se olvidó de limpiarse los dientes; siempre se lavaba las manos antes de comer y se peinaba bien. Incluso dijo al aya que quería limpiarse el calzado, de modo que la buena mujer no supo a qué atribuir tal cambio.

—Tal vez las hadas te habrán transformado—le dijo.

—Tienes razón—le contestó Enrique, aunque no quiso darle ninguna otra explicación.

EL BURRITO VERDE

Una vez había un burrito verde, que sólo tenía tres patas, porque se había roto la cuarta en una caída que dió desde una mesa, y, a partir de entonces, tuvo un aspecto muy raro.

Los niños de la casa lo habían aborrecido.

—¿Por qué será verde?—decían con acento de desdén.—¿Quién ha visto nunca un burro verde? No juguemos más con él. Es feísimo.

El burro verde se ofendió mucho. No tenía ninguna culpa de ser verde y como, por otra parte, nunca había visto un burro verdadero, no comprendía la razón de que no pudiera ser verde, azul, amarillo o de otro color cualquiera.

Cuando perdió su pata se entristeció todavía más. Nadie quiso ni pensó en arreglársela, y él mismo llegó a imaginarse que con sólo tres patas debía de ser un juguete muy feo. Los demás se reían de él, y ya ninguno quiso, en adelante, dejarte participar en sus juegos.

Un día los tres niños de la casa vaciaron el armario de los juguetes y los pusieron en fila. Los que estaban algo estropeados o ajados, los dejaron en un montón, con objeto de dárselos al niño del jardinero, que estaba enfermo, y cuando llegó a sus manos el burrito verde se echaron a reír.

—Ahí está otra vez el burro verde — exclamaron.
—¿Qué haremos con él? Con toda probabilidad ni si-

quiera lo querrá el niño del jardinero. ¡Tiene un color tan raro! Además sólo tiene tres patas.

—Tirémoslo por la ventana—dijo uno de los niños.

Tomaron, pues, el burro verde y lo arrojaron por la ventana, sin molestarse en averiguar adónde iba a parar.

Dió la casualidad de que, en aquel momento, pasaba por la calle el carro del vendedor de hortalizas, y el burrito verde cayó de cabeza en un cesto lleno de coles de Bruselas. Estaba muy asustado, porque se había figurado que iría a dar a la calle y se rompería en mil pedazos. Pero las coles de Bruselas amortiguaron el choque y no se causó el menor daño.

Quedóse tendido en el cesto, preguntándose qué sería de él. Nadie le quiso nunca y ni siquiera nadie lo deseó, de modo que el pobre juguete se sentía muy desdichado. Y ¡qué horrible era verse arrojado por la ventana!

El vendedor de hortalizas regresó con el carro a su establecimiento. Una vez allí supo que un cliente acababa de pedir un saco de coles de Bruselas, de modo que el buen hombre vació tres de sus cestos en un saco y ató este último por el cuello.

El burrito fué a parar igualmente al saco. ¡Qué obscuridad reinaba allí! No pudo imaginarse siquiera el lugar en que se hallaba, ni qué le sucedería, y todo su deseo fué, entonces, haber tenido alguien con quien hablar. Pero las coles no pronunciaron una sola palabra.

Pronto se llevaron el saco, y el burrito pudo darse cuenta de que lo transportaban a alguna parte. Por fin dejaron el saco en el suelo, y una voz exclamó:

—Ahí tiene usted su saco de coles de Bruselas, señor cocinero.



EL BURRITO FUÉ ARROJADO AL SACO

Fué abierto el saco y el cocinero empezó a sacar las coles para lavarlas. El dueño de la casa ofrecía un banquete a todos los labradores de sus propiedades y las coles habían de acompañar a un plato de carne asada.

La preparación de la comida era muy laboriosa, de modo que tanto el cocinero como el pinche de cocina y la pobre mujer, ya anciana, que fué a ayudarles, apenas podían abandonar un momento su trabajo. La anciana se dedicó a lavar y a cortar las coles y casi no había empezado su trabajo, cuando encontró el burrito verde.

—¡Dios mío!—exclamó levantándolo para que lo viesen sus compañeros.—Vean ustedes lo que ha venido mezclado con las coles.

—Echelo usted al fuego—dijo el cocinero.—Es un juguete roto.

—Si a usted no le importa, me lo llevaré a mi casa, para dárselo a mi nietecillo. Hoy es su cumpleaños y el niño no ha tenido un solo regalo. Su padre no tiene trabajo y su pobre madre ha estado enferma. Se alegrará mucho cuando vea este burrito.

—Bueno, lléveselo—dijo el cocinero.

La anciana lo guardó en su cesto y, una vez que hubo terminado la tarea se llevó a su casa el burrito verde. Por el camino se detuvo en la casita en que vivía su nieto, pero una vez allí supo que el niño estaba ausente. En cambio su padre se hallaba en la casa y la anciana le dió el burrito.

—Cuando vuelva Pepito —dijo— dáselo de mi parte. Hoy es su cumpleaños.

—Sí, pobrecillo—contestó su padre.—Ni siquiera ha tenido el más pequeño regalo. Pero ¡qué burrito tan mono! Yo podría ponerle la pata que le falta y luego pintarlo. Pepito se alegrará mucho al verlo.

El buen hombre se dispuso a arreglar el burrito. Pronto le puso una pata nueva, de modo que ya se tenía muy bien en pie. Luego le dió una mano de pintura verde y lo puso junto al fuego, para que se secase rápidamente. Y cuando llegó el niño a su casa, ya estaba dispuesto para él.

—¡Qué burrito tan mono!—exclamó Pepito tomándolo.—Mirad, Isabel y Juanita. Este es el regalo de mi cumpleaños. Con seguridad nunca visteis un burrito tan mono como éste. ¡Y qué hermoso color tiene! Voy a hacerle un establo.

El burrito apenas creía lo que estaba oyendo. Hasta entonces siempre se vió ridiculizado y menospreciado. Y, ahora, aquel niño lo hallaba hermoso. ¡Oh, qué feliz era!



—¡QUÉ BURRITO TAN MONO!—EXCLAMÓ PEPITO

Pepito se lo llevó a la cama y se durmió, después de haberlo puesto debajo de su almohada. Allí se pasó el burrito toda la noche, dispuesto a luchar contra cualquier ratón o polilla que fuese a turbar el sueño de su amo. Ninguno de ellos acudió, pero el burrito sentíase muy valeroso y feliz.

Luego, Pepito se dedicó a hacerle un establo. ¡Qué

magnífico era! Tenía un pesebre lleno de paja verdadera, y luego había una puertecilla de entrada. El padre pintó las paredes de un color pardo muy bonito y, además, puso dos ventanas con cristales. El burrito estaba orgulloso a más no poder.

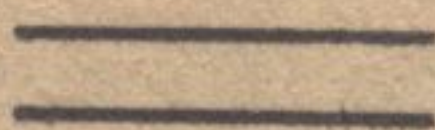
Los demás juguetes querían trabar relaciones con él. Había una muñeca que tenía un solo brazo, un caballo de porcelana rabón, un cerdo de caucho con un agujero y un soldado de plomo sin fusil. El burrito era el rey del armario de los juguetes y, naturalmente, se consideraba muy dichoso. Quería mucho a Pepito y éste le correspondía, puesto que jugaba con él todos los días.

En cierta ocasión, en la casa, recibió una visita importante: la de la mamá de los tres niños que fueron dueños del burrito. Estos últimos se presentaron también y rogaron a Pepito que les mostrase sus juguetes.

—Este es el mejor que tengo—dijo Pepito mostrando el establo.—Mirad, dentro está mi burrito verde. ¿Verdad que es bonito?

—¡Oh, sí!—contestaron a coro los tres niños, que, en efecto, creyeron que aquel animalito era muy lindo.—¡Cuánto nos gustaría tener otro igual!

Al oír tales palabras el burrito verde se echó a reír para sí.



EL JARRÓN ROTO

Una vez hubo una mujer india llamada Chubah. Solía ir por las calles gritando: "¡Trapos y botellas!" Y cuando la gente le llevaba una de estas dos cosas, ella la guardaba en su carrito de mano y continuaba el camino. A veces vendía algunas botellas por dos o tres monedas de cobre, y, en otras ocasiones, encontraba alguna prenda de ropa vieja, que le servía para vestirse.

Chubah vivía en una cabaña de una sola habitación, muy sucia y oscura. No se esforzaba en conservarla limpia y ordenada, y ni siquiera ella misma se lavaba jamás. Era una mujer de muy mal genio, que nunca en su vida hizo nada en favor del prójimo. En cambio, quería ser rica y solamente se preocupaba de la posibilidad de poseer sacos de oro.

—Si yo fuese rica, me daría por feliz. ¡Oh, cuántas cosas compraría! ¡Cuántas cosas haría también!

Un día, cuando Chubah hacía pasar su carretilla por el lado de un campo donde la gente solía arrojar su basura, vió algo que brillaba en un rincón. Tenía un hermoso color azul y Chubah se preguntó qué sería. Y se acercó a mirar.

Era un jarrón antiguo, roto por la mitad y tirado a la basura. Allí estaban los dos trozos y Chubah los encajó para ver si faltaba algo. Resultó un jarrón alto y esbelto, y alrededor de su parte más gruesa, había una fila de figuras bailando. El color azul era tan brillante como el de un cielo de abril.

—¡Caramba!—exclamó Chubah, muy excitada.—Me llevaré a casa este jarrón y lo arreglaré. Pegaré de tal

modo los dos pedazos, que casi no se conocerá la rotura. Luego es posible que pueda venderlo por mucho dinero, porque realmente es un jarrón precioso.

Con el mayor cuidado puso en la carretilla los dos pedazos del jarrón y se volvió a su casa. Al llegar, preparó una pasta a base de cola para pegar muy bien los dos fragmentos.

Hizo la reparación con el mayor cuidado. Luego limpió el jarrón y lo puso en pie. Quedó satisfecha de su trabajo, porque apenas se descubría la fractura. Chubah se puso muy contenta.

—Ese jarrón tiene un gran valor. Lo venderé sin decir que estuvo roto. Probablemente podré obtener diez rupias por él.

Dejó el jarrón sobre la mesa que había en el centro de la estancia y lo contempló. Luego echó a volar la fantasía, diciéndose todas las cosas que haría.

—Con toda seguridad me darán diez rupias. ¿Qué haré con ese dinero? En primer lugar, podría comprar una esclava joven. La prestaré a mis vecinos y me ganará cuatro "annas" al día. Les hará los mandados y trabajará en las faenas de la casa. Gracias a esa esclava ganaré mucho dinero.

Chubah se frotó las manos entusiasmada y volvió a contemplar el jarrón.

—Cuando haya reunido veinte rupias, compraré algunas cabras y mi esclava las cuidará. Pronto tendrán cabritillos y, al poco tiempo, poseeré más cabras de las que pueda cuidar. Entonces las venderé a cambio de una gran suma.

Resplandecían los ojos de Chubah al pensar en el dinero que de este modo ganaría.



UN HERMOSO JARRÓN PARTIDO POR LA MITAD

—Con lo que me den por las cabras, compraré búfalos—siguió pensando.—¡Oh, en cuanto tenga un rebaño de ellos, podré considerarme rica! Mi esclava tendrá entonces mucho que hacer, pero yo no me compadeceré de ella. Habrá de trabajar desde que amanezca hasta la noche, en tanto que yo, sin hacer cosa alguna, me deleitaré observando cómo aumentan mis riquezas.

Chubah estaba tan excitada que se sentó en una silla de inseguras patas, para descansar un momento.

—Como se comprende me darán una fortuna a cambio de mis búfalos. Todo el mundo sabe que un rebaño de esos animales equivale a una enorme suma de dinero.

Podré comprarme una casa magnífica, rodeada de jardín. Y allí sembraré habas y guisantes.

Chubah se puso en pie y tan obsesionada estaba, que empezó a realizar los movimientos propios de quien siembra unas semillas.

—¡Cómo crecen! Ganaré muchísimo dinero. Entonces me compraré un hermoso traje y todo el mundo dirá: "¡Caramba! ¿quién es esa señora tan rica?" Pero yo pasaré orgullosamente, sin decir una palabra a nadie.

Chubah, uniendo la acción a las palabras, empezó a pasear por la estancia con la cabeza muy erguida, figurándose, tal vez, que ya llevaba su hermoso traje.

—Entonces habré de casarme. Viviremos mi marido y yo en mi hermosa casa aunque la dueña seré yo. Yo le diré a mi marido: "Haz eso o haz aquello de más allá." Tendremos doce esclavos y yo les haré trabajar de firme. Los vigilaré empuñando un garrote.

Buscó a su alrededor un palo cualquiera y tomó uno que estaba detrás de la puerta. Lo empuñó y miró a su alrededor, llena de cólera.

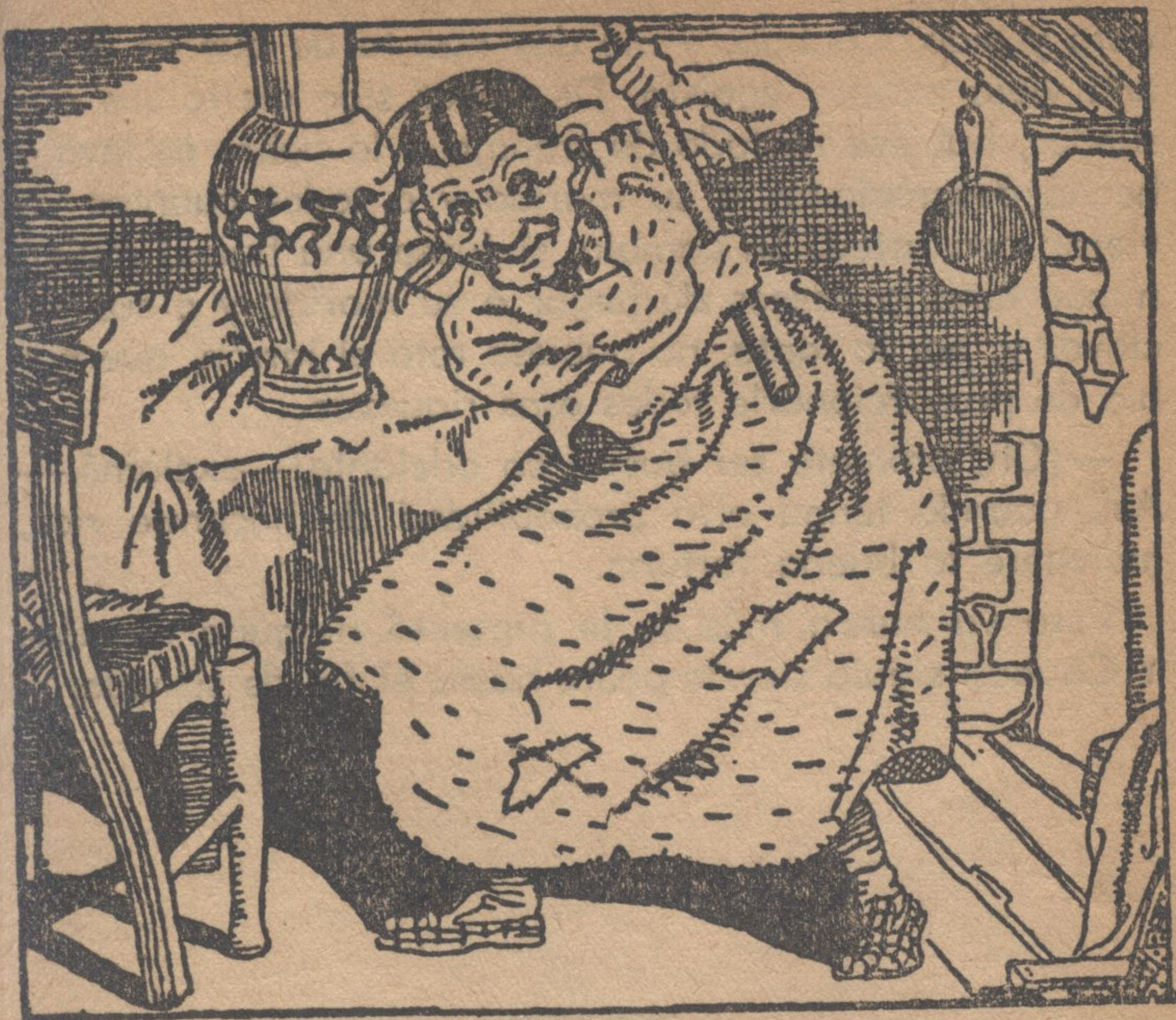
—Si algún esclavo comete una torpeza, yo no tendré compasión. ¡De ninguna manera! Le pegaré así.

Y empezó a girar el palo en el aire.

—Y le diré: "Toma éste, toma este otro." Y si mi marido me replicase: "Chubah, no le pegues más" entonces yo, sin dejar de empuñar mi garrote, le golpearía las espaldas, diciéndole: "Toma, marido. También hay para tí."

Chubah levantó el palo para dar un buen garrotazo, pero, al hacerlo, golpeó con fuerza el jarrón que estaba a su espalda:

Se rompió en mil pedazos y se quedó en el suelo, formando montoncitos de fragmentos de loza de color azul.



CHUBAH EMPEZÓ A AGITAR EL GARROTE

Chubah miró horrorizada el estropicio que había hecho. De un golpe acababa de destruir lo que había de proporcionarle todas las riquezas que soñaba.

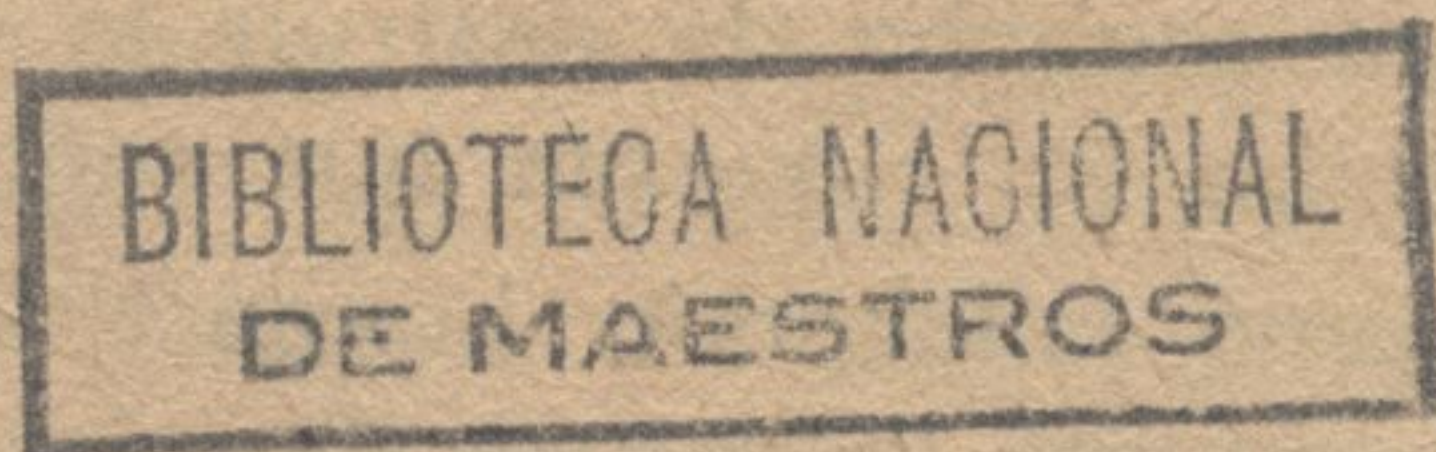
—¡Oh!—exclamó sollozando. Luego tiró el garrote a un rincón y se preguntó llorosa:—¿Qué he hecho, pobre de mí? ¡Ya han desaparecido mi esclava, mis cabras, mis búfalos, mi hermosa casa, mi lindo traje, mi marido y mis esclavos!

—Y lo tiene bien merecido — dijo una voz ante la puerta. Chubah reconoció a uno de sus vecinos.—La he

visto y oído, Chubah, y me doy cuenta de que es usted una vieja mala y egoísta. De haber sido cierto sus ensueños, hubiese matado de trabajo a la pobre esclava y hecho desgraciados a su marido y a todos cuantos vivieran con usted. En cambio, si fuese una buena mujer, nunca tendría deseos de pegar a su marido y a sus esclavos y, por lo tanto, no hubiese roto el jarrón, que había de proporcionarle todas esas riquezas.

—¡Oh, prometo ser buena en adelante!—exclamó.—Así, cuando tenga otra probabilidad de hacerme rica, mereceré la buena fortuna.

Pero ya nunca más se le presentó ninguna ocasión. Y Chubah siguió siendo pobre hasta el fin de su vida.



COLECCION MOLINO

Serie de obras de recreo, muy estimulantes y altamente educativas, que han sido seleccionadas entre las de los autores de mayor prestigio. Estas novelas forman la mejor biblioteca clásica de la juventud, y en ellas alternan los más emocionantes episodios con las verdades de orden natural y científico, reveladas a los adolescentes en forma amena y agradable.

TITULOS PUBLICADOS

- «La Isla Misteriosa», por Julio Verne.
- «Pedro Simple», por el Capitán Marryat.
- «El Perro Diabólico», por el Capitán Marryat.
- «Dos años de vacaciones», por Julio Verne.
- «20.000 leguas de viajes submarinos», por Julio Verne.
- «Las tribulaciones de un chino en China», por Julio Verne.
- «Las Indias Negras», por Julio Verne.
- «Héctor Servadac», por Julio Verne.
- «Los naufragos del Pandora», por Mayne Reid.
- «La isla del tesoro», por R. L. Stevenson.
- «Las historias de Cabidoulin», por Julio Verne.
- «Robur el Conquistador», por Julio Verne.
- «La montaña de Oro», por Karl May.
- «La Estrella del Sur», por Julio Verne.
- «Dueño del Mundo», por Julio Verne.
- «El pueblo aéreo», por Julio Verne.
- «La venganza del caudillo», por Karl May.

Precio de cada volumen

En Rústica: \$ 0.70

En Cartoné: \$ 1.—

URGEL 245

BARCELONA



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES